

ARIÓN Y LOS PIRATAS

El Oráculo de Delos

Arión y los Ueshabee de Nibiru

por Conrado Bocanegra



Capítulo I

Mi padre

Nunca pensé que algún día llegaría a ser valiente. No es que fuera cobarde, pero no tenía alma de héroe... o eso pensaba.

Mi padre y yo éramos pescadores. Casi toda mi vida había dormido en la playa, bajo el cielo raso, sobre las viejas redes de pesca que mi padre había cosido con sus propias manos y que debíamos recoser cada día.

Solía despertarme con los primeros rayos cálidos y reconfortantes del sol; entonces escuchaba el graznido de las gaviotas y el murmullo de las olas al romper suavemente en la orilla. A esa hora mi padre ya había preparado la vieja barca de madera que cuidaba de nosotros y nos mantenía seguros cuando salíamos a pescar.

Habíamos construido nuestra cabaña a lo largo de los años con maderas y troncos que encontrábamos en la playa tras un temporal. La cabaña era muy oscura por dentro y solo le entraba luz cuando el viento movía el gran saco de tela que hacía de puerta. Tenía sitio para dos camastros y para guardar algunos enseres de pesca. Dormíamos en ella los meses de invierno, cuando hacía demasiado frío para dormir al aire libre, y también algunos días de verano, cuando debíamos refugiarnos de las tormentas.

Un día encontré un tablón de madera flotando en la orilla. Lo saqué y lo arrastré por la playa hasta la cabaña. Tenía pintado un gran ojo azul y decidimos colocarlo encima de la puerta. Mi padre dijo que ese ojo nos protegería de los demonios y que, gracias a él, siempre tendríamos buena pesca.

Delante de la cabaña, mi padre había plantado el tronco de un árbol seco en el que colgábamos los atunes pequeños que pescábamos para que se secaran al sol. Cuando su aroma

salado impregnaba el aire, nos comíamos la carne y dejábamos las colas atadas a las ramas. Recuerdo que me divertía ver cómo el viento jugaba con aquellas colas secas haciéndolas ondear.

Había otros pescadores en la isla que vivían en cabañas similares, cerca de sus barcas y redes, como nosotros. En una de ellas vivía Selene, mi única amiga de la infancia. Tenía un hermano mayor, pero no lo soportaba; decía mentiras y robaba.

De niños, Selene y yo pasábamos muchas horas juntos. Solíamos asustar a las gaviotas que picoteaban los pescados que escondíamos entre las redes para que se secaran. Su hedor las atraía y se peleaban entre sí, picoteándose y arrancándose las plumas.

La isla en la que vivíamos había sido muy rica y próspera, pero fue abandonada después de que el volcán, que había dormido en sus entrañas durante miles de años, despertase repentinamente. Ahora, años después, solo quedaban las casas que sobrevivieron a la tragedia, ocupadas por los comerciantes a quienes mi padre solía vender pescado.

El gobernador vivía en un palacio sencillo de dos plantas construido alrededor de un patio en cuyo centro siempre había mucho ajeteo de niños jugando, pues allí había uno de los pocos pozos de agua dulce de la isla.

En la parte alta del pueblo, que se elevaba por una ladera, las cabras de un rebaño mordisqueaban las hierbas que crecían entre las piedras de lo que había sido un antiguo templo cuyos dioses habían quedado en el olvido. Siempre había sentido atracción por aquel templo abandonado.

Un día en el que Selene y yo habíamos ido con su hermano mayor al pueblo a cambiar unos salmonetes por leche de cabra, escuché un sonido, como si el viento seco del norte silbara mi nombre mientras ascendía entre las casas del pueblo para luego crear remolinos entre las antiguas columnas abandonadas, justo delante de mí.

Se lo expliqué a mi padre y ya no me dejó volver a subir a la montaña. Dijo que los pescadores solo debemos dejar la playa por necesidad o para ganar unas cuantas monedas descargando alguno de los barcos que atracaban en el puerto, pero no para distraernos con juegos de niños ni para enojar a los dioses.

No le di más importancia; Selene y yo nos distraíamos bañándonos en el mar y corriendo por la orilla, mientras esquivábamos con pequeños saltos la espuma de las olas que rompían en la orilla. Enterrábamos las medusas pequeñas para que no nos picaran al pisarlas, y las más grandes las movíamos con un palo para devolverlas al mar. Selene coleccionaba caracolas y yo le regalaba todas las que encontraba.

Un día, mientras buceábamos cerca de la orilla en busca de caballitos de mar, mi padre se acercó y me dijo que, a partir de entonces, debía salir con él a pescar. Selene y yo nos miramos con la certeza de que ya no volveríamos a jugar juntos. Ya no éramos niños. Recuerdo que sentí tristeza y le pregunté a mi padre si ya era un hombre y si algún día podría volver a jugar con Selene.

—Sí, ya te estás haciendo un hombre, Arión —me explicó con una sonrisa—. Ahora debes aprender el oficio de pescador.

Ya no dijo nada más durante todo el día. Mi padre era un hombre que valoraba el silencio.

A partir de entonces solo veía a Selene en el mercado y cuando intentaba hablar con ella no se me ocurría nada que decir y me sonrojaba. Ella me sonreía, pero tampoco decía nada. En aquellos momentos, añoraba los años que habíamos pasado juntos jugando.

Salíamos a pescar en la pequeña barca que nos había traído hasta la isla. Después de amanecer, mi padre la empujaba mar adentro desde la orilla mientras yo izaba la vela. Al principio yo iba muy lento y mi padre tenía que aguantar la barca por la popa hasta que yo había izado la vela y esta cogía viento, pero con el tiempo cogí destreza y, al final, cuando crecí, a mi padre le costaba saltar a la barca antes de que la vela estuviera izada; en más de una ocasión salí navegando solo, viendo cómo mi padre se quedaba en la playa.

Entonces él me elogiaba por mi habilidad con la barca, pero también se enfadaba consigo mismo por no haber podido subir a ella. Nunca supe si estaba orgulloso o enfadado conmigo; seguramente ambas cosas.

Además de a pescar, me enseñó a hacer trampas para cazar conejos en un pequeño pinar cercano. Se me daba muy bien. El hermano mayor de Selene solía venir del otro lado de la playa y me espiaba para saber dónde había puesto las trampas. Yo, a mi vez, lo espiaba y veía cómo me robaba los conejos y dejaba mis trampas desmontadas. Nunca me atreví a recriminárselo. Era mucho más fuerte que yo. Un día me quejé a mi padre, pero él me dijo que era mejor mantener la paz con los vecinos y no dar de qué hablar a nadie. A fin de cuentas, el pinar era de todos y había muchos conejos.

—En el mundo hay gente buena y gente mala —me dijo calmándome.

—¿El hermano de Selene es malo? —le pregunté.

—No es como nosotros, nunca lo ha sido; es diferente —me respondió.

—¡Ya! —murmuré.

—Nunca olvides que en todo lo malo también hay un punto bueno y en todo lo bueno, un punto malo.

—El hermano de Selene no tiene ese punto bueno —contesté muy convencido.

—Busca un lugar donde no pueda encontrar tus trampas —prosiguió como si nada.

Nunca encontré ese lugar a pesar de que continuamente cambiaba las trampas de sitio. Además, si el hermano de Selene se daba cuenta de que había escondido las trampas de conejos adrede para que él no pudiera descubrirlas, me las pisaba y las rompía.

Lo detestaba.

A pesar del carácter maligno del hermano de Selene, sus padres siempre nos habían tratado con mucha hospitalidad.

Ni mi padre ni yo habíamos nacido en la isla. A los pocos días de que yo naciera, mi padre desembarcó conmigo en brazos en la playa que ahora era nuestro hogar. Los padres de Selene nos vieron llegar extenuados y desamparados y nos dieron cobijo. En mis primeros días compartí con Selene la leche de su madre mientras mi padre acompañaba al padre de Selene en su barca para aprender a pescar. Al poco tiempo ya salía solo y pudimos valernos por nosotros mismos.

Selene, la cabaña, la playa y la isla eran nuestra familia y nuestro hogar. Nunca pensé que mi padre y yo fuéramos forasteros ni que mi destino estaría en un lugar tan diferente al que había conocido hasta entonces.

Mi padre era viejo, tenía el pelo y la barba blancos. Su espalda erguida desvelaba el aura y la terquedad de los hombres que han vivido siempre en libertad. Su piel oscura y curtida por el sol mostraba las cicatrices de los hombres del Mediterráneo. Bajo sus párpados entrecerrados brillaban unos ojos verdes que nunca habían perdido la ingenuidad de las personas bondadosas. Sin embargo, también era duro y tenaz. Sus manos nunca dejaron escapar un pez.

Mientras cosía las redes de pesca, solía sentarme a su lado para que me contara historias de dioses y diosas, de magos y demonios. La gran diosa Nemmu era la madre de todos los hombres y de todas las mujeres. Sin ella, la tierra infértil solo estaría habitada por demonios, bestias salvajes y seres maliciosos. Ella nos había dado la inteligencia y nos había enseñado, entre otras cosas, el movimiento de las estrellas.

Yo le escuchaba con atención; era un hombre inteligente, con amplios conocimientos, y le gustaba compartirlos conmigo. Mi padre decía que el conocimiento era como una red de pesca. Si era sólida y los nudos eran fuertes, los peces no se escaparían y la pesca sería buena y satisfactoria. Un día me enseñaba cómo debía orientarme en el mar o qué estrellas debía seguir para navegar hacia el norte. Otro día hablaba sobre las olas y los nombres de los vientos. Me enseñaba las nubes, las diferencias entre ellas y si traerían lluvia o no. Cuando veíamos cientos de nubes pequeñas dispersas por el cielo, sabíamos que llovería aunque el resto del cielo estuviera azul. Muchas veces me pregunté para qué me iban a servir todos esos conocimientos. Solo éramos pescadores en una pequeña isla y no grandes marinos. Únicamente nos alejábamos de la costa cuando era la época de pescar atunes.

A los dos nos encantaba navegar. Si veíamos a otros pescadores en sus barcas pescando, esperábamos disimuladamente a que terminaran y, cuando volvían a sus playas, hacíamos todo lo posible por ir más rápido que ellos y adelantarlos.

Al principio me gustaban aquellas carreras con los demás pescadores y me sentía muy orgulloso de mi padre, pero cuando crecí, me cedió el timón del barco.

—Ahora te toca a ti adelantarlos —dijo.

Si no pasaba a la otra barca, fruncía el ceño moviendo sus grandes cejas blancas.

—Algún día te darás cuenta de que es importante hacer las cosas lo mejor que se pueda, y la mejor manera de saber si has hecho algo bien o no es compararte con alguien que sepa más que tú —decía convencido.

—Pero los pescadores saben mucho —contesté.

—No te desanimes. La próxima vez lo harás mejor.

Él pensaba que yo estaba desilusionado por no haber adelantado al otro pescador. Pero yo estaba enfadado porque él había fruncido el ceño y eso me enojaba. Para mí no era importante ganar al otro barco, pero sí que mi padre estuviera orgulloso de mí.

—Todo lo que te enseñe es importante y te servirá en el futuro —decía con una sonrisa para tranquilizarme.

—Nadie puede saber lo que pasará en el futuro —le espetaba yo, enfadado, mirando hacia otro lado.

—¡Eso es cierto! —contestaba.

ARIÓN

www.mundodearion.com